

IDENTIDAD
Y
PARTICIPACIÓN
EN LOS
JÓVENES

POR DRA. MARTHA NATERAS.



Fotografías: Esau Laniado

ACTUALMENTE, EN EL LLAMADO "MUNDO GLOBALIZADO", LAS IDENTIDADES YA NO SE CONSTRUYEN SÓLO A PARTIR DE LA PERTENENCIA A UN TERRITORIO DETERMINADO O A PARTIR DE LA LENGUA. EN EL ESCENARIO GLOBAL, EL MERCADO TAMBIÉN DA SENTIDO DE PERTENENCIA Y CONFORMA UNA COMUNIDAD, CONSTITUYÉNDOSE ASÍ EN UN PATRÓN DE INTEGRACIÓN SOCIAL. SIN EMBARGO, LA GLOBALIZACIÓN PROMUEVE DESTERRITORIALIZACIÓN ECONÓMICA Y MUNDIALIZACIÓN DE LA CULTURA, LO CUAL SE CONTRAPONA A LA TERRITORIALIZACIÓN DEL ESTADO Y A LA CUESTIÓN LOCAL.

IDENTIDADES.

En nuestros días, la identidad está atravesada por fuerzas que rebasan la dimensión local y la conectan a “comunidades imaginarias”, que sobrepasan los límites geográficos del Estado-nación. Lo interesante, para Reguillo (2000) es saber cómo los jóvenes construyen esos imaginarios y conocer a qué situaciones les otorgan mayor importancia o cómo los jerarquizan para desarrollar programas de acción. Todo parece indicar los jóvenes tienden más a orientarse a estos flujos globales, dotando de sentido a nuevos espacios de acción social que pueden ser pensados como comunidades de sentido, las cuales tienden a dar protección ante la incertidumbre provocada por la dinámica con la que actualmente se mueve el mundo.

Retomando a Marshall (2005), en relación a la identidad como condición sine qua non de la ciudadanía, con el nuevo paradigma, se construye a partir de los espacios de acción y estilos de vida: como el sexo, preferencia sexual, derechos de las minorías, derechos democráticos, etcétera. El modelo clásico y restringido de la ciudadanía, en sus tres dimensiones (civil, política y social), se ve hoy fuertemente cuestionado, en el marco de la globalización, pues parece haber tendencia a la uniformidad, al establecimiento de parámetros universalmente aceptables por encima de diferencias culturales o étnicas.

Como ya se ha referido, la construcción de lo juvenil se da en contextos con

mayor o menor grado de multiculturalidad y multilocación, pues las trayectorias de vida ya no tienen una continuidad lineal ante el abanico de alternativas que se abren. La estabilidad ha dejado de fundarse en continuidades predeterminadas, espacios geográficos delimitados y proyectos unívocos. No obstante, se trata de una construcción desigual, incluso al interior de las naciones, sobre todo en el caso de los jóvenes latinoamericanos, pues los que tienen altos ingresos se parecen más a los jóvenes del mismo nivel socioeconómico de otros países que a los jóvenes pobres de su propio país. Estas adversidades parecen ser parte constitutiva de la identidad juvenil. En relación a la conectividad y el acceso a redes, a pesar de que la juventud es mucho más protagonista que los adultos, las brechas que se abren entre los mismos jóvenes por diferencias de ingresos y educación limita a los menos favorecidos. En la cultura, los fuertes vínculos al sistema patriarcal sobreviven y discriminan por edad y género, lo que también influye en la identidad y las representaciones sociales de los sujetos juveniles. Pobreza, precariedad territorial y laboral, desequilibrio emocional, violencia política y social, invisibilidad del sufrimiento y del dolor, hostilidad policial, son parte de las historias de vida de la juventud (Krauskopf, 2008).

No obstante, ante este panorama tan gris no deja de resultar paradójico que a pesar del deterioro económico, la

falta de empleo y la crisis generalizada en los territorios políticos y jurídicos, siguen fortaleciéndose las industrias culturales que construyen y reconfiguran constantemente al sujeto juvenil.

El vestuario, la música, el acceso a ciertos espacios y elementos simbólicos constituyen hoy una de las más importantes mediaciones para la construcción de la identidad. Estableciendo una forma de entender el mundo y creando un mundo para cada estilo, lo que está en constante tensión- identificación- diferenciación. El efecto simbólico que se produce es fundamental para identificarse con los iguales y diferenciarse de los otros, especialmente del mundo adulto, así como para generar un sentido de pertenencia (Reguillo, 2000).

Este planteamiento hace necesario pensar al consumo como una categoría compleja, de carácter situacional y diferencial; no basta analizarlos por el número de horas que los jóvenes ven televisión, están en contacto con sus amigos a través del medio que sea, leen el periódico, visten o tienen acceso a los artículos del moda. Si como señala García Canclini (1995) “el consumo sirve para pensar”, este análisis nos lleva a entender las distintas configuraciones del mundo que los jóvenes, de manera contradictoria y compleja, construyen a partir de sus vínculos con la cultura del consumo, anclados en sus propios colectivos o lugares de significación (Reguillo, 2000).



La definición de identidades a partir de la construcción de imágenes y símbolos mediados por el consumo, provoca que las identidades juveniles sean cada vez más cambiantes. Como ya se comentaba, los estilos de vida asociados a la moda contribuyen a la creación de identidades frágiles, pues la moda tiende a ser efímera, ya que está sometida por la novedad y el cambio. Estas identidades suelen ser temporales, transitorias, flexibles y combinan elementos de diversos campos culturales. Estas identidades son el resultado del debilitamiento del discurso y las ideologías políticas, como principales componentes en la construcción de identidades. Otro elemento fundamental es el papel que juegan los medios de comunicación en la promoción y difusión de distintas imágenes juveniles y edades que crean la idea de libertad para seleccionar, dentro de gustos diferenciados, los ingredientes que le ayuden a construir su propia identidad.

No obstante, el universo de consumo promueve el individualismo y sólo privilegia lo colectivo desde el consumo masivo, por ello cada vez es más común que los jóvenes opten por aislarse o agruparse con sus iguales, para realizarse como individuos, creando espacios donde se aceptan aquellos que tienen sus mismas características, pero se excluye abiertamente al otro. Esto ha propiciado el surgimiento de sitios desterritorializados, en los que no hay espacio para crear un sentido de pertenencia y provoca pérdida de la memoria colectiva. La carencia de dinámicas que promuevan la pertenencia y la responsabilidad social de la juventud conduce a la ausencia del ejercicio de ciudadanía. Por tanto, el ejercicio de la ciudadanía se convierte en actividad virtual que no contribuye a construir identidades colectivas ni vínculo social (Flores y Gómez, 2005).

Maffesoli (2004, 2004b) habla de la existencia de nuevos grupos juveniles que se reúnen alrededor del nomadismo y de un sentido de pertenencia. El sentido de pertenencia es la "conciencia de sí, no más la identidad cerrada y encerrada en sí misma, sexual, ideológica y profesional. En cambio el nomadismo es la posibilidad de la insurrección, es el salir de sí, es, en el fondo, poner acento en todos los aspectos lúdicos, en los aspectos festivos, en un hedonismo latente, un corporeísmo exacerbado. Tanto el nomadismo como la falta de pertenencia, para Maffesoli son parte de la metáfora del tribalismo.

La palabra tribu, para Maffesoli (2004, 2004b), es utilizada para remarcar el aspecto de lo arcaico y de lo bárbaro y, a su vez, la saturación del concepto de individuo. Para él los grupos juveniles gustan de un reencuentro con la corporalidad (hedonismo, tatuajes, perforaciones) y la vitalidad, como si fueran niños eternos. Asimismo, plantea que los jóvenes se encuentran en un proceso de individualización donde lo único importante son ellos mismos, pero, a su vez, existe la necesidad de socializar, creándose un narcisismo de grupo que se entiende como la continua adulación grupal y la cotidianidad.

Ahora bien, pensar la identidad desde el otro extremo, es decir desde la responsabilidad social, implica que el joven privilegie tanto los elementos que conforman su contexto social, temporal y espacial para construir su identidad como individuo en relación con sus pares, como sentirse responsable del desarrollo y bienestar de su contexto social. Sin embargo, la gama de situaciones que se presentan hoy en día lleva al individuo a una situación de incertidumbre que le impide construir sus sentidos -individuales y colectivos- con frecuencia, termine acreditando su identidad en el universo del consumo (Flores y Gómez, 2005).

De acuerdo con Guillermo Sunkel (2008), la identidad como sentido de pertenencia¹ y componente esencial de la ciudadanía, suele ser un elemento complejo en los jóvenes, pues está compuesta por distintas dimensiones: La primera tienen que ver con las identidades, que remiten a la identificación de los jóvenes con respecto a la sociedad y a los grupos que la integran; la segunda se refiere a la participación, como dispositivo clave para que los jóvenes puedan expresarse o reaccionar ante situaciones como la exclusión social; la tercera es la comunicación, como parte central en la configuración de la subjetividad juvenil y en la creación de nuevos sentidos de pertenencia desligados del territorio; la cuarta es la discriminación, que incide negativamente en la cohesión social; y la quinta son las expectativas de futuro, que están mediadas por la percepción de la estructura social.

Observar el desarrollo de las identidades juveniles nos permite retomar al-

gunas características para definir lo juvenil. Por principios de cuentas pensarlo como un concepto relacional, que sólo adquiere sentido dentro de un contexto social más amplio, o sea a través de su relación con lo no juvenil; como un concepto históricamente construido, que por fuerza continuará evolucionando, y que depende de las relaciones de poder para determinar quiénes están dentro de lo joven y quiénes no. En este marco se puede decir que la juventud es un concepto cambiante que se reconstruye permanentemente; se reproduce en lo cotidiano, y sus ámbitos de referencia son íntimos, cercanos y familiares, barrios, escuela, trabajo y otros; también se puede reproducir en lo imaginario, donde las comunidades y grupos de referencia marcan formas valorativas de lo juvenil; se construye en relaciones de poder definidas por las condiciones de alteridad, dominación, o desigualdad, unas veces superpuestas entre sí, otras veces definidas por el conflicto.

Los jóvenes adquieren la ciudadanía, en la generalidad de los casos, cuando llegan a la mayoría de edad, en ese momento logran el reconocimiento formal de su pertenencia a la comunidad política y adquieren una serie de derechos; fundamentalmente los civiles y políticos, pues los derechos sociales guardan más relación con su acceso al mercado de trabajo. Pero convertirse en ciudadano y adulto son dos procesos que no siempre avanzan de manera paralela. Para muchos jóvenes el reconocimiento de su capacidad legal no pasa de ser un atributo formal.

No obstante, la construcción de la ciudadanía está atravesada por situaciones de desigualdad social, que influyen de manera importante en las experiencias de vida de los jóvenes y limitan su capacidad de acción. En la mayoría de los contextos sociales, donde se desenvuelven los jóvenes su vida se desarrolla en un entorno de ambivalencia y complejidad, desorientándolos en relación a las responsabilidades que tienen con la comunidad, la posición que ocupan en ésta y el papel que les corresponde desempeñar en el desarrollo de los procesos sociales y políticos.

Por tanto, el intento de definir ciudadanía juvenil tratando de superar el estatus legal, implica incorporar otros factores como el sentido de pertenencia, la autonomía personal, la igualdad, la responsabilidad, la participación y la identidad colectiva. Esto conlleva el reconocimiento de múltiples ciudadanía, no sólo de aquella que se construye a partir de los deberes y responsabilidades asignados por el Estado; sino de otras que se han construido a partir de la articulación de experiencias e identidades sociales diferenciales, atravesadas por factores tales como edad, raza, género y clase social, lugares concretos donde la ciudadanía se negocia, reproduce y articula. En esta tentativa de conceptualización no se puede quedar al margen la creciente importancia que le da el discurso democrático a la participación y el compromiso con la comunidad, como elementos fundamentales en la generación de bienestar social.

¹ El autor entiende el sentido de pertenencia como el grado de vinculación e identificación que manifiestan los jóvenes con la sociedad (concebida en primer término como el Estado-nación) y con las instituciones y grupos que la conforman (Sunkel, 2008: 184).

LA PARTICIPACIÓN.

La participación como elemento fundamental del sentido de pertenencia y del ejercicio ciudadano constituye una dimensión clave de la inclusión de los jóvenes en la sociedad. Es decir, la participación se revisará en este apartado como un dispositivo clave para que los jóvenes puedan expresarse o reaccionar ante situaciones como la exclusión y la desigualdad social. En un sentido básico, la participación se expresa cuando los jóvenes contribuyen activamente en procesos y actividades o participan en el ejercicio del poder.

Para Dina Krauskopf, (2008) el análisis de la participación juvenil en América Latina se ha abordado, principalmente, a través de tres vertientes. La primera es a partir de la perspectiva de la identidad; ésta le otorga especial atención al surgimiento de nuevas sensibilidades, expresiones y producción de sentido entre los jóvenes. La otra corriente de análisis se derivada de la perspectiva de los derechos, que privilegia la participación ciudadana de los jóvenes a partir de sus propias condiciones de existencia, y considera esta participación en el contexto de la democracia. La tercera vertiente de estudios, tiene que ver con la participación política de la juventud, en ésta se valora la adhesión de los jóvenes a los espacios consagrados a la política, desde su afiliación a los partidos políticos, sus inclinaciones electorales y la valoración que los jóvenes hacen de las instituciones.

Según Krauskopf, (2008) la participación se expresa, de manera elemental, cuando los jóvenes contribuyen activamente en sus contextos desarrollando procesos y actividades con capacidad para decidir e intervenir en las decisiones o por los menos influir en ellas y que éstas tengan repercusiones en sus vidas. De esta forma la participación deja de ser un concepto unívoco, ahistórico y desvinculado de otras dimensiones. Para el análisis de la participación de los jóvenes en un contexto democrático se deben considerar una serie de elementos, como: el sistema político, la disposición a la inclusión, la forma de canalizar la propuesta de iniciativas, los mecanismos de consulta y de transmisión de información, las formas de institucionalización y legitimación de la participación, la resolución de las distancias generacionales, las formas de asociatividad y la creación de una ley para la juventud.

Sin embargo, el sesgo que produce el mundo adulto-céntrico hace más difícil generar intervenciones políticas para los cambios culturales que protagonizan los jóvenes. Por ejemplo, los sesgos que prevalecen al interior de los partidos políticos, como las formas de cooptación, producen entre los jóvenes alejamiento, debido a que la participación debiera involucrar una relación de equidad y democratización intergeneracional. Las formas de asociatividad juvenil en la actualidad condicionan los niveles de participación, considerando el papel central que tienen los jóvenes como co-responsables para enriquecer el espacio de la acción pública y el desarrollo democrático, pues la participación juvenil no sólo requiere ser entendida desde el mundo de los adultos. También deben reconocerse las propias formas de empoderamiento que construyen los jóvenes y las transformaciones que se han dado en la expresión de los contenidos de la participación juvenil. Cuando la participación de los jóvenes es autónoma son los primeros en actuar, desarrollan proyectos y propuestas propias, fijan objetivos, metodologías, se expresan si es necesario con sus propios códigos, y buscan apoyo, asesoría y acompañamiento adulto si así lo requieren. "La participación asume carácter de compromiso cuando los jóvenes reciben y proveen información con retroalimentación para mejorar objetivos y resultados" (Krauskopf, 2008: 171).



Pero reconocerle derechos a la juventud no es fácil en la vida política latinoamericana si se sigue concibiendo a los jóvenes sólo como protagonistas en roles residuales. La democracia requiere de la participación de los jóvenes y vincularlos a dinámicas de acción colectiva. En el imaginario social de los adultos la juventud no goza de buena reputación, y por tanto, tiende a ser estigmatizada. De hecho las políticas no han sido propensas a abrir canales de expresión y atención de demandas de la juventud. En este contexto, es normal que se presente resistencia por parte de los jóvenes, ante la falta de propuestas incluyentes para este sector. Lo anterior aunado al creciente individualismo y el descentramiento de la política como eje articulador de la participación social, provocan que las juventudes contemporáneas busquen participar en otras esferas sociales, lejos de la política estatal y pública. Una muestra de ello se puede ver en las encuestas de juventud en América Latina, las que dan cuenta de la resistencia de los jóvenes a participar en los comicios electorales, pues muchos perciben al sistema político y de partidos alejados de las demandas juveniles y sin compromiso de contribuir en una mayor igualdad. Asimismo el porcentaje de militantes en partidos políticos tiende a ser muy reducido y sólo una minoría señala tener preferencias y orientaciones político-ideológicas (Krauskopf, 2008).

Antes de la década de 1980 las generaciones de jóvenes transitaban por procesos de socialización en donde la familia, la escuela, la iglesia, el ejército, los partidos políticos u otras formas institucionalizadas tuvieron un peso determinante. En la actualidad los espacios y motivos para la participación de los jóvenes en el ámbito público y en la política han cambiado radicalmente, pues las formas propias de expresión, empoderamiento y pertenencia que construyen los jóvenes le han dado un giro a los contenidos y a la propia participación juvenil. Por tanto, la participación juvenil no debe ser entendida sólo como el involucramiento en proyectos y programas específicos (SEGIB y OIJ, 2008).

El discurso oficial alude que es fundamental para la calidad de la democracia fomentar el asociacionismo juvenil respetando sus intereses sin imponer condiciones externas desde la mirada adulta. Para ello se requiere que las organizaciones juveniles y las instituciones formales generen acciones para la definición de las políticas públicas, pues la influencia ciudadana es el principal requerimiento para crear un marco analítico entre gobernantes y gobernados, donde los primeros ejerzan la facultad de decidir y los segundos la prerrogativa de intervenir (SEGIB y OIJ, 2008). Esto sin perder de vista que las nuevas generaciones juveniles, si bien mantienen lazos con las instituciones, además generan esquemas de auto-socialización a partir de sus propias formas de pertenencia, de participación en lo colectivo y de vinculación por medio de la tecnología de la comunicación.

Para tener una idea más clara de cómo opera la ciudadanía en la vida cotidiana es importante conocer cuáles son sus características institucionales, culturales y políticas en grupos sociales específicos. Para llevar a cabo esta labor se retoma la propuesta de varios autores (Reguillo, 2000; Pérez Islas, 2000; Benedicto y Morán 2003; Monsiváis, 2004;) para conformar una visión de la ciudadanía, la cual se basa en tres principios fundamentales. Primero, entender que el concepto de ciudadanía es dinámico, relacional y contextual, es decir, está en constante movimiento. Segundo, lo definen las prácticas sociales de los diferentes actores, por tanto, es necesario considerar sus elementos políticos, económicos, sociales y culturales. Tercero, considerar el carácter complejo y multidimensional de la ciudadanía y que está compuesta por una serie de elementos cuya interrelación define su dinámica social.



Jorge Benedicto y María Luz Morán (2002) proponen considerar tres dimensiones para entender el carácter complejo y multidimensional de la ciudadanía:

1.- Un nivel formal e institucional, compuesto por el marco de derechos y deberes, a través del cual la relación de pertenencia y el vínculo con la comunidad se expresan normativa e institucionalmente.

2.- Un nivel ideológico y cultural, que tiene que ver con la construcción de identidades ciudadanas, con formas de definirse como ciudadano, y con significados, y discursos que otorgan un sentido y median la relación de pertenencia a la comunidad.

3.- El carácter práxico, que engloba las prácticas sociopolíticas que llevan a cabo los gobiernos y los ciudadanos, dentro del marco institucional y de las culturas políticas que configuran la esfera pública.

Estos elementos los analizaremos en el estudio de caso.

Benedicto y Morán (2002, 2003 y 2008) desarrollan una propuesta de ciudadanía activa, la cual se ubica en lo que puede denominarse la tercera vía, que se sustenta en un gran protagonismo cívico de los jóvenes, a partir de dos principios fundamentales:

1) El reconocimiento de su condición de ciudadanos plenos, más allá de la red de dependencias en las que están inmersos, y

2) La vinculación directa del ejercicio ciudadano con el proceso de formación de sujetos autónomos.

El protagonismo cívico depende del enfoque con el que se analice. En el discurso neoliberal es individualizado y carente de factores de identificación que lo hagan sentirse miembro de un colectivo, se orienta a los derechos civiles y las obligaciones voluntarias, pues su lenguaje es en general despolitizado. Desde un punto de vista democrático se pugna por el retorno de la sociedad civil desde abajo; a partir de la acción voluntaria de los individuos y su participación en los movimientos sociales. Dentro del enfoque de la 'tercera vía' se demandan las responsabilidades individuales, pero encontrando un nuevo equilibrio entre derechos y obligaciones, la intervención activa del Estado en calidad de agente de la solidaridad colectiva y la responsabilidad individual de los ciudadanos (Benedicto y Morán, 2002).

La ciudadanía activa no es un concepto neutro, como se puede observar, adquiere diferentes significados en función de la matriz ideológica e intelectual del discurso en el que nos ubiquemos. Esto nos lleva a pensar que la dimensión de ciudadano activo no se limita a la participación política sino radica, sobre todo, en el hecho de asumir una responsabilidad de solidaridad para con la comunidad; la cual se materializa a través de la participación voluntaria, despolitizada y de corte asistencial de beneficio a la comunidad. En este sentido, la participación del ciudadano se centra en las funciones y acciones de asistencia desarrolladas a través de redes informales o de organizaciones voluntarias.

Sin embargo, apostar por las obligaciones cívicas para generar mayor protagonismo y capacidad de intervención en sociedades donde subsisten grandes desigualdades en cuanto a derechos, poder e influencia, como las latinoamericanas, es retornar al discurso del deber ser, pues como se ha venido planteando la desigualdad y la exclusión siguen siendo un gran obstáculo para el acceso a una ciudadanía plena.

Para hablar de ciudadanía activa es fundamental considerar la desigualdad social para entender la forma en que los grupos logran insertarse en la vida ciudadana común, así como la heterogeneidad cultural de las sociedades contemporáneas para entender la capacidad de los jóvenes de combinar los viejos principios de la ciudadanía clásica con los nuevos elementos proporcionados por sus comunidades de origen o las que ofrece la sociedad global (Benedicto y Morán, 2002).

El ejercicio pleno de la ciudadanía requiere de ciertas condiciones, una de ellas es la independencia económica. Sin embargo, los cambios socioeconómicos en las últimas décadas han trastornado profundamente la obtención de esta independencia, contribuyendo a consolidar la imagen de la juventud como un periodo de 'cuasi-ciudadanía' prolongada en la que los jóvenes asumen sus responsabilidades cívicas mientras no cuenten con las condiciones socioeconómicas para el ejercicio efectivo de sus derechos (Benedicto y Morán, 2003).

El discurso sobre la necesidad de un modelo más activo de ciudadanía al parecer no considera del todo los problemas estructurales que hay detrás. Por tanto, la propuesta de una ciudadanía activa no está exenta de los problemas que se pueden generar debido a las propias contradicciones en que se mueve nuestra sociedad. Estas contradicciones generan limitaciones en la construcción activa y participativa de la ciudadanía juvenil. Muchas voces y desde muchos ámbitos, hablan de la necesidad de fomentar entre las nuevas generaciones una gran responsabilidad ante los asuntos de su comunidad y romper el escepticismo entre los jóvenes de que las cuestiones de índole política son ajenas y no van acorde a sus intereses. Lo anterior, aunado al proceso de alargamiento de la juventud está provocando que cada vez sea más difícil que los jóvenes accedan a su condición de ciudadanos.

Esta situación contradictoria, entre la responsabilidad ante la comunidad y la incapacidad material para ejercerla, estimula la incertidumbre entre los jóvenes y los desorienta en torno al papel y la posición que ocupan en y ante la comunidad. Mientras que para generaciones anteriores ser ciudadano se manifestaba básicamente a través de la participación en la esfera política, actualmente hay un auge entre los jóvenes de formas de acción colectiva o actividades centradas en la solidaridad social que muestran que los significados de la participación cívica se han transformado. Hoy los espacios donde se expresa o materializa la ciudadanía se han ampliado y esto ha propiciado la generación de nuevas identidades y nuevas pautas de comportamiento. Esto ha favorecido la creación de nuevas culturas juveniles, que se manifiestan a través de los llamados estilos de vida, los cuales se revelan también en los espacios de ocio o en espacios de intersección de la vida institucional formal y les confieren identidad como grupo.

La 'ciudadanía activa', marca el acento en la responsabilidad personal y la participación, así como en la de procurar el bienestar de la comunidad. Tratando de desarrollar una definición aproximada de ciudadanía activa, sin perder de vista las fuertes discusiones en torno a ésta, se puede decir que la ciudadanía activa hace alusión a la pertenencia legal a una comunidad política, económica o geográfica, cuya finalidad es la correspondencia en derechos y deberes entre individuo y comunidad.

Como respuesta a los grandes desafíos que enfrentan las democracias -consolidadas o en proceso de consolidación- ha surgido un discurso que considera como tarea prioritaria la promoción de la ciudadanía 'activa' entre las nuevas generaciones, debido, por un lado, a la necesidad de complementar el discurso de los derechos con el de las y obligaciones, particularmente la participación cívica en la vida de la comunidad; y por otro lado, el de una mayor presencia e intervención de los ciudadanos en asuntos que los afectan directamente.

A pesar de, que el binomio activo-pasivo tendría que ubicarse dentro de la lógica del funcionamiento de la ciudadanía, en donde se conjuguen acciones individuales y movilizaciones de grupo y organizaciones sociales; el conjunto de prácticas de ciudadanía que se desarrollan en la esfera pública; los diseños institucionales que pretenden establecer una determinada relación entre pertenencias sociales, derechos y participación, así como el papel que juega el Estado. Las instituciones políticas se muestran limitadas e incapaces de satisfacer demandas y necesidades sociales, pues la mayoría de las veces están comprometidas con los intereses privados. Esto nos hace pensar, que efectivamente, la ciudadanía se reduce a un conjunto de mecanismos y reglas formales. Esta situación produce desinterés, inconformidad, desconfianza, distanciamiento, impotencia, frustración, rechazo, insatisfacción, cada vez más generalizadas, lo que provoca una especie de aversión hacia la política. Este escepticismo provoca que los ciudadanos transiten entre la apatía y la participación.

La principal dificultad para comprometer activamente a los jóvenes en los procesos políticos y sociales de su comunidad es que no se les considera ciudadanos plenos, ni se les reconoce su capacidad y legitimidad para influir en éstos. Se dice que los jóvenes son los ciudadanos del futuro, o que son ciudadanos incompletos, pues no han llegado al final del proceso, o su posición no es legitimada por ubicarse en una etapa transitoria.

Cuando los jóvenes logran ver que a través de sus acciones se obtienen beneficios positivos, recurren a la participación para que cambien las prácticas establecidas, pero si no logran ver los frutos de su intervención prefieren abandonar la lucha y se refugian en la esfera privada de intereses. Esto termina por ubicar en el centro de su discusión los intereses y deseos individuales, lo que amenaza con alejarlos de las cuestiones sociales. El abstencionismo electoral, la falta de interés porque sus intereses los representen instituciones de gobierno y la ausencia de iniciativa por participar en acciones colectivas en la solución de problemas sociales cercanos, son una clara manifestación de que no quieren actuar en la esfera pública.

Aún con todos los obstáculos para el ejercicio de una ciudadanía plena por parte de los jóvenes, un importante punto de partida para analizarlos es reconociéndolos como actores sociales, con capacidad de acción democrática en calidad de sujetos de derechos en pleno ejercicio ciudadano, aunque en el ámbito escolar se les reduzca

al rol de estudiantes y en la familia al de hijos.

Son estas consideraciones las que nos llevan a plantear que, para el estudio de la ciudadanía y de sus procesos de formación, lo conveniente es focalizar la investigación en las prácticas individuales y colectivas de los ciudadanos y en los referentes discursivos y simbólicos que las orientan. Pues es en las acciones dotadas de sentido e intencionalidad, situadas históricamente, desplegadas en la vida pública y privada desde variadas identidades individuales y colectivas, en donde es conveniente indagar y formar las expresiones ciudadanas. Las expresiones ciudadanas se refieren a las formas concretas en cómo los individuos viven su vínculo con la comunidad política, es decir, como manifiestan su condición de ciudadanos.

Ahora bien el ejercicio ciudadano, no sólo requiere de la aceptación social, tiene que ver también con la cotidianidad personal, con el compromiso social, con la interacción, tanto en el ámbito familiar como en la escuela o con los grupos de pares, donde los jóvenes participan y desde donde se enfrentan con las rígidas y fragmentadas estructuras sociales. No obstante, esto contrasta con la mayoría de políticas públicas orientadas a los jóvenes y los discursos sobre ciudadanía juvenil, pues éstos no pasan de ser retórica vacía, obsoleta e inflexible, que no eliminan las exclusiones y grandes dificultades en las que viven ciertos grupos, tan solo crean espejismos y falsas imágenes para las representaciones mediáticas. Provocando que las agencias de la cultura de masas generen patrones de pensamiento y acción, que los jóvenes reciben y utilizan como si fueran propios y que por supuesto influyen fuertemente en ellos.

BIBLIOGRAFÍA.

- Benedicto, Jorge y María Luz Morán** (2002) *La construcción de una ciudadanía activa entre los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud José Ortega y Gasset.
- Benedicto, Jorge y María Luz Morán** (2003) "Los jóvenes: ciudadanos en proyecto" en *Benedicto, Jorge y María Luz Morán (coord.) Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud José Ortega y Gasset.
- Benedicto, Jorge y María Luz Morán** (2008) "Inclusión y ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica" en *Pensamiento Iberoamericano, No. 3, Tercera parte: Ciudadanía, participación y sentido de pertenencia en jóvenes europeos y latinoamericanos*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y Fundación Carolina.
- Flores, Pamela y Nancy Regina Gómez** (2005) "Ciudadanía juvenil: sin espacios, ¿dónde construirla?" en *Revista Investigación y desarrollo vol. 13, n° 1*. Barranquilla, Colombia: Universidad del Norte.
- García Canclini, Nestor** (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Krauskopf, Dina** (2008) "Dimensiones de la participación en las juventudes contemporáneas latinoamericanas" en *Pensamiento Iberoamericano, n° 3, Tercera parte: Ciudadanía, participación y sentido de pertenencia en jóvenes europeos y latinoamericanos*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y Fundación Carolina.
- Maffesoli, Michel** (2004) *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México: Siglo XXI.
- Maffesoli, Michel** (2004) "Juventud: El tiempo de las tribus y el sentido nómada de la existencia" en *Jóvenes, Revista de estudios sobre la juventud*. Edición No. 20, Año 8, enero-julio. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Marshall, Thomas Humphrey** (2005) *Ciudadanía y clase social*. Buenos Aires: Ed. Losada.
- Monsiváis Carrillo, Carlos Alejandro** (2004) *Vislumbrar ciudadanía. Jóvenes y cultura política en la frontera noroeste de México*. México: Colegio de la Frontera Norte y Plaza y Valdés Editores.
- Pérez Islas, José Antonio** (2000) *Informe sobre jóvenes 1994-2000*. México: SEP- Instituto Mexicano de la Juventud.
- Pérez Islas, José Antonio, Mónica Valdez González y María Herlinda Suárez Zozaya (coord.)** (2008) *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México: Porrúa.
- Reguillo Cruz, Rossana** (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Sunkel, Guillermo** (2008) "Sentido de pertenencia en la juventud latinoamericana: identidades que se van y expectativas que se proyectan" en *Pensamiento Iberoamericano N° 3, Tercera parte: Ciudadanía, participación y sentido de pertenencia en jóvenes europeos y latinoamericanos*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y Fundación Carolina.